

«Graves es un poeta y un visionario. Sus textos son siempre enriquecedores y estimulantes.» *The Herald*

Robert Graves

Lawrence y los árabes

Un retrato fascinante de Lawrence de Arabia



Robert Graves
Lawrence y los árabes
Un retrato fascinante de Lawrence de Arabia

TRADUCCIÓN DE JUAN ANTONIO GUTIÉRREZ-LARRAYA

Título original: *Lawrence and the Arabs*

© by The Trustees of the Robert Graves Copyright Trust
© 1927 by Doubleday Doran Inc; renewed 1955 by Robert Graves

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: julio de 2006
Primera edición en esta presentación: mayo de 2021

© de la traducción del inglés: Juan Antonio Gutiérrez-Larraya,
cedida por Editorial Seix Barral, S.A.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO • fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 5.323-2021
ISBN: 978-84-9942-915-1

I

Me refiero a él como Lawrence, apellido con el que le conocí, aunque, como el resto de sus amigos, suelo llamarle T. E., iniciales que, por lo menos, parecen estables y seguras. En 1923, cuando se alistó como soldado raso en el Royal Tank Corps, adoptó el nombre de T. E. Shaw, y lo conservó en la Royal Air Force. La lista electoral confirma la alteración. Se enroló en 1922 como Ross, y esos dos apellidos, según él reconoce, no fueron sus únicos esfuerzos para «designarse de modo conveniente». Eligió Shaw y Ross más o menos al azar en una nómina de escalafón del ejército, porque los recomendó su brevedad y también, probablemente, por su rezagada situación alfabética; las tropas se alinean en ocasiones de acuerdo con ésta y él evita por instinto las primeras posiciones. Estaba harto de llamarse Lawrence—y le parecía largo en exceso—, y en particular del título de Lawrence de Arabia, que se había convertido en tópico romántico y en grave engorro personal. El culto reverencial al héroe no sólo le exaspera, sino también, a causa de su creencia auténtica de que no lo merece, le hace sentirse físicamente sucio; y pocos son los que, habiendo oído hablar de Lawrence de Arabia, o habiendo leído cosas sobre él, no mencionen su nombre sin maravilla supersticiosa o no pierdan la cabeza si le conocen por casualidad. Pretexto suficiente para descartar tal apellido fue que jamás simbolizó para él una tradición familiar gloriosa. El señor Lowell Thomas, autor de un relato inexacto y sentimental sobre Lawrence, le vincula con la familia norirlandesa así llamada y con el famoso héroe del motín de los cipayos, «que procuró cumplir su deber»: se trata de una invención y, además, poco ingeniosa. «Lawrence» apareció como un nombre tan útil como «Ross» o «Shaw», y Lawrence nunca perteneció a la tribu de

quienes hacen cosas porque el deber público es eso, un deber público. Sus actos obedecen a razones propias, que tal vez—debiera decir «sin duda»—honrosas, jamás son públicas o evidentes. Los árabes se dirigían a él como «Awrans» o «Lurens»; pero le apodaron *Amir Dinamit*, o sea 'Príncipe Dinamita', a causa de su energía explosiva. El viejo Awda, belicoso jefe de los Huwaytat, se refería a él por lo regular como «El Diablillo del Mundo», lo que resulta aún más gráfico.

Nació en Tremadoc, en el septentrión de Gales, en agosto de 1888, circunstancia útil posteriormente, pues pudo ingresar, en la Universidad de Oxford, en el Jesus College, que protege financieramente a los estudiantes galeses. En realidad, su ascendencia es varíopinta, sin relación alguna con Gales; si no estoy trascordado, sus mayores fueron irlandeses, hébridos, españoles y escandinavos. Y ello siempre le resultó útil; tal mezcla de sangres ha significado para Lawrence la facultad innata de aprender idiomas extranjeros, el respeto de los usos y costumbres de la gente foránea, y, más que nada, la aptitud de incorporarse en una comunidad extraña y ser aceptado, al cabo de cierto tiempo, como miembro de ella. Además, no siente la peculiar superioridad inglesa sobre los restantes pueblos. Lo atribuye a su general falta de respeto a la humanidad; pero ha de sospecharse una acusada inclinación a lo británico, aun cuando sólo sea a los que hablan en inglés, idioma por el cual siente un afecto que no puede ocultar.

Su difunto padre procedía del condado de Meath, en Irlanda, de la estirpe de la gente del Leicestershire que se estableció en ella en la época de sir Walter Raleigh. Fue gran deportista. La mezcla de sangre se deriva sobre todo de él. Su madre, que hace dos años se fue despreocupada a terminar sus días como misionera en la China central—y que, no hace mucho, ha sido devuelta a sus lares, muy a disgusto suyo, por culpa de las alteraciones políticas de aquel país—, es decidida y rezuma fuerza tranquila: sus facciones son como las de Lawrence. Una vez me dijo: «No habríamos soportado chicas en casa». Y, a tenor de ello, tuvo cinco hijos varones y ninguna hembra. Ambiente doméstico de tal clase acaso explique que el mundo de Lawrence esté tan vacío de mujeres: le criaron para prescindir de la

sociedad femenina y el hábito persistió en él. No es verdad que tema o aborrezca al sexo opuesto. Procura hablar con una mujer como lo haría con otro hombre o consigo mismo, y la planta si ella no corresponde al cumplido charlando a su vez como lo haría con otra mujer. No le frena un falso sentimiento caballeresco. No es galante; tampoco, grosero.

Pasó su infancia en Escocia, isla de Man, Jersey, Francia y el Hampshire. En Francia, asistió a un colegio de jesuitas, aunque ni él ni su familia eran católicos. Del Hampshire se trasladaron a Oxford, donde asistió a la City of Oxford School. De su adolescencia, durante aquel período, se cuentan hechos reveladores de que empezó tempranamente a ser el Lawrence notorio. Se interesó en la arqueología, afición que las personas mayores creyeron malsana en un chiquillo; se presentaba en los sitios en que se derribaban casas antiguas o se efectuaban excavaciones. Había llegado a un acuerdo secreto con los obreros municipales para que le entregasen piezas de cerámica y otros hallazgos, y pronto fue un verdadero experto en alfarería medieval. Tenía la teoría, que se proponía demostrar en un libro, de que es errónea la datación de la antigua cerámica en Inglaterra, pues mucha de la que se considera romana procede de los sajones; mas no ha disfrutado de tiempo para escribir tal obra. A los trece años de edad, emprendió a solas viajes en bicicleta por el país, y, con vistas a un estudio sobre las armaduras de la Edad Media, reunió una gran colección de calcos efectuados en viejos monumentos de iglesias rurales. Hizo cuestión de honor no decir a su familia cuándo ni a dónde se iba, ni cuándo regresaría. Le gustaba volver de noche, entrar por una ventana alta y aparecer en la cama a la mañana siguiente. Más tarde, para eludir la vigilancia, se negó a dormir en la casa, y utilizó como alcoba un cenador del jardín (lo construyó él mismo). Exploró en canoa los numerosos riachuelos que rodean Oxford. (Años más tarde, llevaría una canoa, a costa de gran dispendio, a Mesopotamia: fue la primera que surcó el río Éufrates.) No satisfecho con las aguas superficiales, investigó las subterráneas de la ciudad de Oxford. Tal vez hiciera un plano; los mapas eran su especialidad. Llevó a cabo ocho viajes por Francia durante las vacaciones escolares, estudiando cate-

drales y castillos, y viviendo casi del aire. A los dieciséis años se rompió una pierna mientras luchaba con otro muchacho en la Oxford City School. No dijo nada hasta que las clases concluyeron y, no pudiendo andar, volvió a su casa en una bicicleta prestada. (No ha crecido desde aquella fecha.)

No le interesaban los juegos escolares sencillamente porque eran organizados, tenían reglas y exigían resultados. Nunca competía. Le gustaban las máquinas (es aún experto en coches de carreras y vehículos análogos, y, después de la guerra, ocupó parte de sus ocios en ayudar a los fabricantes de la motocicleta Brough Superior con pruebas de eficacia e informes sobre los modelos del año siguiente). Leía mucho, con atención y rapidez, en varios idiomas. Estudió principalmente el arte medieval y sobre todo la escultura. Lo más notable es triba en que, hallándose todavía en la escuela superior, empezó a cavilar sobre la sublevación de los árabes contra los turcos, que es el asunto primordial de este libro.

En el Jesus College, ya en la universidad, en la que obtuvo una beca, se matriculó en Historia, que, se supuso, estudiaría. De hecho, pasó los tres cursos ampliando sus conocimientos en poesía provenzal y cantares de gesta. Vyvyan Richards, condiscípulo suyo, me ha referido:

—Intrigó al College el misterio de un singular estudiante al que jamás se veía de día y que pasaba las horas nocturnas dando vueltas a solas por el cuadrángulo. Fui uno de los designados para descubrir el porqué, y así descubrí a Lawrence. Le traté al principio con aire de superioridad, como hacen los de segundo curso con los de primero; mas pronto me enmendé. Recuerdo haberle embromado en una ocasión por sus teorías sobre la cerámica. Nos paseábamos en el terraplén del New College, que se cree proceder de las guerras civiles. Di una patada a un fragmento cerámico y le espeté: «Ahora me dirás que esto prueba algo». Y me replicó: «Gracias, porque así es. Prueba que este terraplén es muy anterior a la época de Cromwell». Aquello me enmudeció. No participaba en la vida del College, ni comía en el Hall. En cierta ocasión, en invierno, se presentó en mi alojamiento después de medianoche y me pidió que me bañara con él. Quería

intentar el ejercicio de sumergirse a través del hielo. Se me antojó demasiado peligroso y se fue solo. Tenía una biblioteca estupenda y le interesaba mucho la imprenta. Se ha contado, y no es verdad, que imprimió libros conmigo. Hablamos bastante de ello, pero no pasamos de ahí.

Lawrence únicamente vivió un trimestre en el College; luego le permitieron que lo hiciese en su casa. Leía por la noche y dormía por la mañana. Además de no fumar y ser abstemio total, era vegetariano. Durante su permanencia en la universidad, lo mismo que en la escuela, no tomó parte en juegos organizados ni asistió a ellos; creo, sin embargo, que intervino en el escalamiento de tejados, deporte que, amén de carecer de reglas, desafiaba el reglamento universitario. Se le atribuye la invención de la travesía, ahora clásica, por las techumbres desde el Baliol al Keble, en un trayecto de tal vez quinientos metros, con una sola bajada entre ellos. Lawrence no lo niega ni lo confirma. Sentía admiración encendida por su mentor universitario, R. L. Poole, y, en la única ocasión que hizo novillos, se apresuró a excusarse por escrito. Poole le contestó: «No se preocupe por haberme plantado el martes pasado. Su ausencia me permitió efectuar trabajo útil durante una hora». Por lo visto, no asistió más que a tres clases en los tres años y las juzgó una pérdida de tiempo.

Cecil Jane escribe sobre este período:

Le preparé en su último curso en la Oxford City School y le vi a menudo durante su estancia en la universidad. Nunca leía los libros que era de esperar. Reparé, a las dos primeras semanas, que lo útil era sugerir más que recomendar obras poco corrientes. Se podía confiar en que sacaría más de una frase inspiradora de un libro que un hombre ordinario de uno entero. Trabajaba a su modo; también eran muy peculiares las horas en que me visitaba. Prefería las que mediaban entre las doce y las cuatro de la mañana (como vivía en su casa, podía prescindir del reglamento del College: bastaba que su madre notificase que estuvo en su hogar «a las doce»). Le atraían muchas cosas de la historia, sobre todo las medievales. Tardé mucho tiempo en convencerle de que prestara atención a la historia europea moderna, y me asombró enterarme de que le absorbía *La Revolución Francesa* de R. M.

Johnston. En su estancia en la escuela me maravilló su afición a analizar los caracteres. Tenía el hábito de formularme preguntas para observar mi expresión: aunque no comentaba mi respuesta, yo comprendía que la rumiaba. Durante muchos años se pareció a su padre, uno de los hombres más encantadores que he conocido: muy reservado, muy amable. Lawrence no era rata de biblioteca, a pesar de que leía mucho y muy aprisa. No le describiría yo como un erudito por temperamento; el rasgo principal de sus trabajos fue siempre lo inusual, pero inusual sin esforzarse para serlo. Le agradaba lo que tenía tendencia satírica, y por eso le gustaban tanto las notas de Gibbon. Desconfiaba del valor de sus trabajos; jamás publicó su tesis de graduado, en verdad admirable (bien que breve). Era robustísimo, algo difícil de conocer y siempre imprevisible.

Lawrence no estaba preparado en el momento de los exámenes finales para obtener el grado. Se le aconsejó que presentara una tesis especial que completase sus otros trabajos. Eligió el tema de «La influencia de las Cruzadas en la arquitectura militar medieval de Europa». Antes incluso de acudir a la universidad, se había especializado en fortificaciones de la Edad Media y había recorrido todos y cada uno de los castillos ingleses y franceses del siglo XII; sólo le restaba ir a Palestina y Siria para estudiar sobre el terreno las fortalezas de los cruzados. Aprovechó para ello los meses de verano de 1909, sus últimas vacaciones largas. Había aprendido algo de árabe con un profesor de Oxford, arabo-irlandés, el cual le recomendó que, si iba, ahorrara aprovechando la hospitalidad de las tribus sirias. Sería su primer viaje a la parte del mundo en que se hizo célebre.

Antes de partir, se entrevistó con el doctor D. G. Hogarth, curador del Ashmolean Museum de Oxford, al que no conocía y que desde entonces ha sido buen amigo suyo: «El hombre a quien adeudo todo lo útil que he hecho, salvo mi enrolamiento en la Royal Air Force». Comunicó a Hogarth su visita a Siria para estudiar los castillos de los cruzados, y añadió que deseaba saber dónde cabía la posibilidad de encontrar restos de la civilización hitita. Hogarth le informó.

—Es la peor estación para viajar por Siria—dijo—. Hace muchísimo calor allí.

—Iré de todos modos—contestó Lawrence.

—Está bien. ¿Tiene usted dinero? Necesitará un guía y sirvientes que transporten su tienda y equipaje.

—Me propongo andar.

—Los europeos no andan en Siria—replicó Hogarth—. No es seguro ni agradable.

—Pues yo lo haré—afirmó Lawrence.

Estuvo ausente cuatro meses y regresó a Oxford con retraso para el siguiente trimestre. Había ido a pie, vestido a la europea y con botas castañas, llevando sólo una cámara fotográfica, desde Haifa, en la costa septentrional de Palestina, a los montes del Tauro y a Urfa, por el Éufrates, en el norte de Mesopotamia. Volvió con esbozos de planos y fotografías de todas las fortalezas medievales sirias, y una colección de sellos hititas de la región de Aintab para Hogarth. Éste me ha contado que sufrió dos ataques de fiebre y estuvo a punto de que le asesinasen. Tal vez la fiebre no merezca mención. Lawrence la había tenido con tanta frecuencia, que se había acostumbrado a ella. Le acometió la malaria en Francia a los dieciséis años y experimentó incontables recidivas desde entonces. A los dieciocho, sufrió la fiebre de Malta, y desde entonces conoció la disentería, el tifus, la orina negra, la viruela y otras dolencias.

Se ha contado a menudo el conato de asesinato y siempre incorrectamente. He aquí lo sucedido. Lawrence, camino de Siria, compró en París un reloj de cobre por diez francos. El uso constante lo pulió hasta que brilló como una ascua. En una aldea turcomana, a la orilla del Éufrates, donde recogía objetos hititas, lo sacó una mañana, y los pueblerinos murmuraron «oro»; uno de ellos siguió a Lawrence el día entero y hacia el atardecer se le anticipó y fingió encontrarse con él por casualidad. Lawrence le preguntó la dirección de cierto pueblo. El turcomano le mostró un atajo a través del campo; después saltó sobre él, le derribó, le arrebató el revólver Colt, apoyó el cañón en su cabeza y oprimió el gatillo. El arma estaba cargada, pero no hizo fuego: el aldeano no sabía nada del mecanismo de seguro, que estaba puesto. Tornó a apretarlo y, encolerizado, lo arrojó y golpeó la cabeza de Lawrence con piedras. Por fortuna, le ahuyentó la aparición de un pastor antes de que quebrara la cabeza del jo-

ven. Lawrence cruzó el Éufrates hasta la población más cercana (Birejik), donde encontró policías turcos. Mostró la orden que le había dado el Ministerio del Interior de Turquía, con el mandato de que todos los gobernadores le prestaran su apoyo, y congregó a ciento diez hombres. Con ellos, cuyo pasaje en el transbordador hubo de pagar de su bolsillo, se presentó en la aldea. Suele contarse que hubo desesperada lucha y quema del lugar, mas, en realidad, no hubo violencia. Lawrence, vencido por la fiebre, se acostó, mientras se desarrollaba la discusión usual, de un día de duración, entre la policía y los aldeanos. Era de noche cuando los ancianos del lugar entregaron el objeto robado y el ladrón. La versión auténtica resulta más agradable, aunque sólo sea por su final más satisfactorio: el ladrón trabajó más tarde en las excavaciones de Karkemish a las órdenes de Lawrence, no muy bien, pero su jefe no le apretó.

Durante la expedición se alojó por la noche, si andaba por caminos perdidos, en el pueblo que tenía más a mano, aprovechando la hospitalidad que los sirios pobres conceden siempre a los otros pobres. De aquella suerte, empezó su familiaridad con los dialectos árabes. Lawrence no es erudito en la lengua arábiga. Jamás la ha estudiado, ni conoce su escritura. (De todas suertes, se requieren veinte años para que alguien pueda ufanarse de ser experto en ella, y Lawrence dio mejor uso a su tiempo.) Pero habla con fluidez el árabe familiar, y puede señalar con bastante acierto si un hombre, por su acento y las expresiones que emplea, procede de esta tribu o de aquel distrito de Arabia, Siria, Mesopotamia o Palestina. Al volver a Oxford, le concedieron el grado con honores de primera clase en Historia por su tesis, y los examinadores quedaron tan impresionados, que celebraron la ocasión con una cena especial en la que Poole, tutor de Lawrence, fue el huésped.

Se relata con pormenores que la que más gustó en Oxford de las nuevas arqueológicas atañió a la inhumación de los cruzados en Tierra Santa. Se sabía que el caballero que, habiendo participado en una Cruzada, moría en su patria, hacía que sus piernas y las de su efigie se cruzaran por los tobillos; y si había participado en dos, se le cruzaban las rodillas. Pero Lawrence había descubierto que los muertos

en los Lugares Sagrados se enterraban con las puntas de los pies dirigidas hacia adentro. Las incrustaciones de la leyenda lawrenciana quedan ejemplarizadas con esta información, tan divulgada como totalmente falsa. En primer término, Lawrence no descubrió tal cosa; y, en segundo, no cree que el cruce de las piernas de las efigies se relacione en modo alguno con las Cruzadas. Aprovecho la ocasión para desmentir otra falacia absurda sobre sus aventuras, por la misma época, entre los cazadores de cabezas de Borneo. Barrunto que alguien le ha confundido con Charles Brooke, rajá de Sarawak; Lowell Thomas refiere la historia, alegando una misión del British Museum.

El desierto cautivó a Lawrence. Cabalgó en cierta ocasión (un par de años más tarde, más o menos) por una llanura ondulada del norte de Siria. Iba a examinar unas ruinas del período romano, que los árabes imaginaban como el palacio que un príncipe había construido para su esposa. Contaban que la arcilla de que había sido hecho se había amasado no con agua, sino con aceite esencial de flores. Los guías, olfateando el aire, le llevaron de una estancia desmoronada a otra, diciendo: «Esto es jazmín, esto es violeta, esto es rosa». Por último, uno le invitó:

—Ven a oler el mejor perfume de todos.

Fueron a la sala principal, donde absorbieron el tranquilo, limpio y constante viento del desierto.

—Éste es el mejor—dijo el hombre—. Carece de calidad.

El beduino, comprendió Lawrence, vuelve la espalda a los perfumes, lujos y mezquinas actividades de la ciudad, porque se siente libre en el desierto: ha perdido los nexos materiales, casas, jardines, posesiones superfluas y complicaciones similares, y ha conquistado la independencia individual al filo del hambre y la muerte. Esta actitud le conmovió mucho, y por eso, a mi juicio, desde entonces su naturaleza se ha dividido en dos y es contradictoria: el del beduino que suspira por la desnudez, simplicidad y dureza del desierto, estado de ánimo que éste simboliza, y el del europeo supercivilizado. El yo europeo desprecia el beduino como a alguien que goza de atormentarse sin necesidad y ve el mundo como algo riguroso blanco y negro

(lujo o pobreza, santidad o pecado, honor o mancilla), no como un paisaje de cambios conmovedores, incontables matices sutiles y sombras y variedad. El conflicto del fanático, encaramado o sumido en las olas de sus emociones, que ama y odia violentamente, con el hombre cultísimo, cuyo fin principal en la vida es mantener su ecuanimidad, incluso, si anula la propia amplitud de sus simpatías. Esos yoes se destruyen mutuamente, y por eso Lawrence ha acabado cayendo, por la influencia contraria de los dos, en un nihilismo que no halla siquiera un dios en el que creer.

El Magdalen College, a instancias de Hogarth, le concedió una beca para cuatro años de viajes, que le permitió proseguir las investigaciones arqueológicas. Fue en 1910 con el doctor Hogarth y el señor Cambell-Thompson en la expedición del British Museum para excavar Karkemish, la capital hitita arruinada en la orilla siria del Éufrates. Hogarth le alistó atendiendo a su expedición por Siria y a sus conocimientos de la cerámica. No era aún un arqueólogo experto. Como hombre para todo, con un jornal de quince chelines diarios, se encargó principalmente de vigilar a los braceros y mantenerlos contentos. Otras ocupaciones fueron la fotografía, la cerámica, la composición de las esculturas rotas y, más tarde, tender o levantar el ferrocarril ligero que transportaba la tierra desde las excavaciones a los vertederos. Lo importante eran los obreros. Si estaban alegres, el trabajo marchaba bien. Lawrence conocía a todos por el nombre y sabía aun el de sus hijos, para los cuales pedían quinina. Nunca conoció a uno de vista; peculiaridad de Lawrence de la que hablaré más adelante.

En el invierno de 1910, fuera de la estación de la campaña arqueológica, Hogarth hizo que Lawrence visitase el campamento de sir Flinders Petrie en Egipto, para que aprendiese los métodos más avanzados de la técnica de la excavación. El campamento se hallaba en una aldea próxima a al-Fayyum, y se dedicaba a descubrir restos predinásticos del año 4000 a. C. Flinders Petrie no se sintió al principio muy impresionado por la apariencia del joven. Se dice que le regañó por aparecer en el campamento con pantalón de fútbol y chaqueta deportiva de colores vivos.

—Muchacho, aquí no jugamos al cricket.

Lo absurdo de la idea de que Lawrence fuese entusiasta del cricket no es el único punto cómico de la anécdota. No tardó Petrie, sin embargo, en comprender que era un hombre muy útil, y trató de persuadirle para que permaneciese otro año con él. Pero Lawrence pensaba que las excavaciones egipcias eran latosas comparadas con las hititas. La hitita era aún una civilización desconocida; los principales problemas de la egipcia se habían resuelto ya y sólo cabía ir llenando lagunas de menor entidad. El único recuerdo de la campaña en Egipto que le he oído mencionar fue que a menudo, al atardecer, cuando el sol desaparecía de súbito y hacía mucho frío, él y sus compañeros acostumbraban envolverse en la tela blanca de lino, enterrada con los egipcios predinásticos, para que la usaran en el más allá (se trataba de un período anterior a las vendas de las momias), y regresaban a las tiendas así ataviados y oliendo a especias.

Lawrence pronto conquistó reputación como arqueólogo. Su memoria de los detalles es extraordinaria, casi morbosa. Un amigo le describió en broma en una ocasión, diciendo: «Hay en Lawrence algo del dómine de labios delgados de Oxford»; pero aquello quiso significar que posee un vasto y bien ordenado tesoro de conocimiento técnico en todos los asuntos concebibles y que le disgustan las imprecisiones de los aficionados. Media docena de tajantes palabras suyas y se acaba la conversación superflua. Asistí a la ocasión en que un escritor estadounidense, que sólo le conocía como soldado, se puso a darles lecciones de arte árabe. Muy pronto, comprendiendo que se había metido en camisa de once varas, se mudó al terreno en que se sentía seguro, y comenzó a hablar de las tallas aztecas en piedra. Lawrence le escuchó cortésmente y le enmendó en un detalle técnico. Tras aquello, el escritor calló y prestó oído. El mariscal de campo Allenby, también aficionado a la arqueología (durante la Gran Guerra apartó del mando, por lo menos, a un oficial que había destruido un edificio antiguo), me contó:

—Cuando Lawrence y yo hablábamos de cosas arqueológicas, siempre era el padre Lawrence el que daba clases al párvulo. Escuché y aprendí.

Su saber no es, probablemente, tan amplio como parece y la sensación de omnisciencia que provoca quizá se deba más a la capacidad de olvidar lo que denomina conocimientos totalmente inútiles, como la matemática superior, la metafísica de aula y las teorías estéticas, así como a ensamblar de manera armónica lo que sabe. El conocimiento breve y concreto, que está en armonía consigo mismo, parecerá maravilloso a quienes reúnen muchos más datos, pero inconexos entre sí. No obstante, el saber de Lawrence tiene que ser muy extenso. En seis años leyó todos los libros de la biblioteca de la Oxford Union, o, probablemente, la mayor parte de sus cincuenta mil volúmenes. Su padre solía proporcionarle libros mientras estuvo en la escuela, y luego obtuvo seis diarios en préstamo en nombre de su padre y en el suyo propio. Durante tres años leyó día y noche en una estera puesta ante la chimenea y acolchonada por si se dormía durante la lectura. A menudo dedicaba dieciocho horas al día a ésta, y llegó a ser lector tan experto, que se enteraba de la esencia del tomo más formidable en media hora. Al repasar la vida de Lawrence, hay que aceptar hazañas tan descomunales sin darles importancia; son parte de su manera de ser. El gran número de ellas que pueden comprobarse excusa que se acepten otras, de naturaleza similar, que son ficción pura.

Lawrence, si mediaba provocación, informaba a los demás de cosas incluso en el momento en que a duras penas serían bien recibidas.

—¡Eh, usted! ¿Por qué sonrío?—le gritó un sargento instructor un día, hace de ello dos años, cuando estaba en el Tank Corps.

—¿De veras quiere saberlo, sargento?—respondió Lawrence.
—Sí.

Entonces Lawrence le explicó un chascarrillo de un diálogo gretardío de Luciano que había estado rumiando durante la instrucción. Habló durante un cuarto de hora y el sargento y los soldados escucharon con gran atención, sin interrumpirle. En otra ocasión, en un barracón de la Air Force, un camarada le preguntó:

—Perdona, Shaw. ¿Qué quiere decir «iconoclasta»?

Servía de diccionario para las palabras cruzadas. Lawrence esbozó la historia de una política religiosa de la Constantinopla del siglo v,

que originó la palabra. Pero no se trata sino de una broma sobre sí mismo: desdén el conocimiento, aunque lo acumula y guarda cuidadosamente por puro hábito. Lo desprecia porque es imperfecto, porque concibe el *conocimiento* como lo contrario de la *sabiduría*. Nunca alardea; detesta a los jactanciosos. Se refiere que, hace tres años, en los primeros días que estuvo en la Royal Air Force, ayudó a algunos compañeros que estudiaban alemán como asignatura optativa del curso educativo. Un oficial se enteró de que el soldado Shaw había sido visto leyendo un libro titulado *Fausto*. Al día siguiente, al encontrarle con uno, el oficial se dispuso a lucirse.

—¿Qué magnífico escritor fue Goethe! *Fausto* es una obra maestra, ¿verdad? Precisamente *éste* es el pasaje que siempre me ha cautivado.

Señaló la página por encima del hombro de Shaw.

—En efecto. Pero no se trata del *Fausto* de Goethe, sino del *Nills Lyhne* de Jacobsen, en danés—dijo Shaw.

Su saber le sirvió de poco en la Royal Air Force. El oficial de educación de Uxbridge le preguntó:

—Y usted, ¿en qué disciplina se siente más débil?

Los otros soldados habían contestado que en francés, geografía y matemática. Lawrence contestó sencilla y verazmente:

—En sacar brillo a las botas.

Nos hemos anticipado demasiado en nuestro relato, que trataba de Lawrence como arqueólogo antes de la Gran Guerra. Volvió en 1911 a Karkemish con Hogarth. El informe de aquellas excavaciones, que duraron de 1910 a 1914, ha sido publicado por la Oxford University Press. Después de 1911, Hogarth dejó los trabajos a cargo de G. Leonard Woolley, que también contrató al joven. Un visitante, el señor Fowle, ha descrito la vida en el campamento cuando lo visitó en 1913. Los turcos habían dado permiso a los arqueólogos para construir una sola habitación. Lawrence y Woolley cumplieron la letra y burlaron el espíritu levantando un solo edificio, grande y en forma de «U», que dividieron en cuartos, cada uno con puerta propia al patio, que abarcaba aquella habitación única. Los de la derecha se destinaron a almacén de objetos arqueológicos y taller de fotografía

(bajo el cuidado especial de Lawrence); los dormitorios de los excavadores e invitados estaban en la izquierda. El centro de la «U» era una sala de estar, con chimenea abierta, librerías repletas y una larga mesa cubierta de periódicos británicos y revistas arqueológicas de todo el mundo. Según la señora Fontana, esposa del antiguo cónsul italiano en Alepo, la casa de adobes había sido enlosada con un mosaico romano descubierto en los estratos superiores de la excavación. Explica que Lawrence cruzaba el Éufrates en canoa para comprar flores en una isla de la ribera opuesta para embellecer la casa; travesía peligrosa, en su opinión, porque aquel río tiene una corriente muy poderosa. Se bañaba cotidianamente en su maravillosa agua dulce. Convenció a los obreros de que le hicieran un largo tobogán de arcilla y les enseñó el deporte de deslizarse por él hasta el Éufrates.

Woolley y Lawrence habían logrado en seguida estar en las mejores relaciones posibles con los trabajadores, que eran una mezcla étnica: kurdos, árabes, turcos, etc. Bandidos locales colaboraban con ellos en la excavación, inclusive los jefes de dos de las bandas más famosas, una kurda y otra árabe, y los jefes ingleses eran tan bien conocidos y respetados, que los nombraron jueces en varios pleitos entre pueblos o individuos. Fowle relata que Lawrence se había ausentado, no hacía mucho, para componer el caso de un hombre que había raptado a una joven de la casa paterna y no lograba el consentimiento del padre para casarse con ella.

En la alcoba de Woolley había un antiguo cofre de madera con miles de piezas de plata para el pago de los obreros. Estaba abierto y sin custodia, porque si alguien entraba a robarlo, sus compañeros no tardarían en desenmascararle, tomar el asunto en sus manos y matarle, probablemente. Lawrence y Woolley descubrieron que la forma de obtener mejores resultados consistía en pagar a los trabajadores una prima por el objeto que encontraran, de acuerdo con su valor real. Los braceros aceptaban la prima sin rechistar, fuesen monedas de oro o de menor valor, y con tanta mayor complacencia cuanto los ingleses no aceptaban nada sin pago previo. Les devolvían el objeto si carecía de interés. Llegaron a sentir entusiasmo por la excavación. Fowle recuerda la

excitación con que observaron el descubrimiento de una escultura pétre hitita, los aplausos espontáneos y el disparo de doscientos revólveres, cuando apareció un soberbio ciervo de cuatro mil años de edad.

Lawrence, me cuenta el doctor Hogarth, prefería dormir en el exterior, en un otero, que señalaba la ciudadela de la antigua población, próxima al río. Reunía a los excavadores y los divertía con relatos, muchos escandalosos, sobre el anciano jeque de Cherablus (aldea que ocupaba el solar de Karkemish) y de su joven esposa, y sobre los alemanes que acampaban cuatrocientos metros más allá. Se tenía un ferrocarril entre Constantinopla y Bagdad, que cruzaría el Éufrates en el lugar de Karkemish. Ingenieros alemanes construían un puente. No molestándose en aprender los nombres de sus obreros, los reconocían con números pintados en los vestidos. Incluso permitían que miembros de tribus enfrentadas a muerte trabajaran hombro con hombro, y muchos perecieron en enfrentamientos. Envidiaban a Lawrence y Woolley, porque conseguían de sus trabajadores lo que deseaban. Los ingleses, en cierta ocasión, hubieron de despedir a cincuenta hombres por falta de dinero para pagarlos, y los despedidos se resistieron a irse. Siguieron con ellos hasta que pudieran saldar su salario.

Eran buenas las relaciones con los alemanes. Woolley y Lawrence les permitieron, entre otras cosas, que transportasen a la obra las piedras de las excavaciones que no tenían interés arqueológico. Pero el ingeniero en jefe, Contzen, era de trato difícil. Hijo de un químico de Colonia, bebía mucho y su grueso cogote desagradaba a Lawrence: rebosaba del cuello de la camisa. Cierta vez solicitó autorización para retirar tierra de unos montículos, que, pese a hallarse en el ámbito de las excavaciones, estaban cerca del puente. La requería para hacer un malecón. Se la negaron, porque los montículos eran los muros de adobe de Karkemish y, por lo tanto, importaban mucho arqueológicamente. Furioso, rompiendo el trato amistoso con los investigadores, decidió esperar a que concluyese la campaña de éstos y se fueran. Por lo tanto, ido Woolley a Inglaterra, y Lawrence a los montes libaneses, Contzen reclutó mano de obra local para arremeter contra las murallas. Un árabe de Alepo, llamado Wahid el Pere-

grino, estaba a cargo del lugar durante la ausencia de sus superiores. Enterado de los propósitos de Contzen, fue al campamento alemán y le dijo que, sin órdenes de Lawrence y Woolley, no permitiría aquel trabajo. Contzen replicó que lo emprendería al día siguiente y despachó a Wahid con cajas destempladas. El encargado telegrafió a Lawrence, en el Líbano, que estorbaría la obra hasta recibir órdenes. A la otra mañana se sentó en lo alto de la muralla amenazada con un fusil y dos revólveres. Un centenar de obreros se puso a tender raíles desde el malecón al pie del muro. Wahid les advirtió que dispararía contra el primer hombre que clavase el pico en la muralla, y contra cualquier alemán que se le pusiera a tiro. Los trabajadores, muchos de los cuales pertenecían al campamento inglés, y habían aceptado la ocupación como recurso temporal, pararon en seguida y se sentaron a una distancia prudente. Apareció Contzen profiriendo amenazas. Wahid se echó el fusil al hombro y le mandó que no se acercara más; el alemán no osó hacerlo. Transcurrió el día con ambos bandos sentados y vigilándose; lo mismo aconteció al siguiente. En la noche de éste, los alemanes dispararon en su patio, a modo de adiestramiento, contra una bujía encendida. Wahid subió a lo alto de la muralla y envió media docena de balas por encima de sus cabezas, gritando que no hicieran ruido y que se fuesen a dormir. Le obedecieron.

Lawrence telegrafió a Wahid que aguantara. Él estaba en Alepo procurando aclarar las cosas. Wahid le envió un telegrama comunicándole que los alemanes se volvían peligrosos y que, a la mañana siguiente, se presentaría en su campamento para matar a Contzen. Después testó, se emborrachó y se preparó para lo que había prometido. Lawrence comprobó en Alepo que no sacaría nada en claro con los funcionarios turcos, supuestos responsables de las excavaciones, y cablegrafió a Constantinopla, obteniendo una respuesta inesperadamente rápida: se ordenó al ministro de Educación de Turquía que fuese a Karkemish y detuviera las obras. Lawrence despachó un telegrama para Wahid, rogándole que no se resistiese más a los alemanes. Lo envió por el telégrafo del ferrocarril, y los ferroviarios, que naturalmente simpatizaban con Contzen en lo del ma-

lecón, no estaban enterados de lo dispuesto en Constantinopla y creyeron que la resistencia había finalizado. Lawrence y el ministro emprendieron inmediatamente el viaje en una vagoneta motorizada. Wahid, leído el telegrama, sufrió amargo desengaño y lo ahogó en alcohol. Contzen envió una cuadrilla a la muralla. No habrían extraído más de un metro cúbico de tierra y adobes, cuando llegó el ministro hecho un basilisco, con Lawrence a la zaga, chilló a Contzen que arrancase los raíles y despidiese a los obreros temporales, y lo puso de vuelta y media por su falta de honradez. Wahid fue felicitado públicamente.

Tras éste hubo otro conflicto con Contzen. (Aunque no con todo el campamento alemán como se ha contado: Woolley y Lawrence los acogían en su cuartel y los mejores los visitaban con regularidad y cenaban con ellos.) En una ocasión, Ahmad, uno de los criados de los dos ingleses, regresando de la aldea, a la que había ido a comprar, encontró al capataz de una cuadrilla de obreros ferroviarios. El capataz le adeudaba dinero. Se produjo una riña. Apareció un ingeniero alemán y, sin molestarse en averiguar el motivo del altercado, azotó a Ahmad: tenía bastante con el atraso de las obras del ferrocarril. Lawrence se presentó a Contzen, y le dijo que uno de sus ingenieros había maltratado a un criado suyo. Tenía que pedirle perdón. Contzen accedió a investigar el asunto, convocó al ingeniero agresor y le pidió que expusiera su versión de lo ocurrido.

—Es mentira pura—declaró después, irritado, a Lawrence—. Ese caballero no atacó a su criado; sólo hizo que le azotasen.

—¿Y eso no es atacar?

—No, desde luego. No se logra nada de esta gente si no se la azota. Nosotros lo hacemos todos los días.

—Llevamos más tiempo que ustedes aquí y no hemos maltratado aún a ningún hombre. Y no estamos dispuestos a que ustedes lo hagan. Su ingeniero tiene que ir a la aldea y presentar excusas a Ahmad en presencia de todo el mundo.

—¡Bobadas! El incidente ha concluido.

Contzen se volvió para irse.

—Se equivoca—repuso Lawrence (y es de imaginar el acento pe-

ligroso de su baja voz)—. Si no accede a lo que pido, tomaré el asunto en mis manos.

Contzen dio media vuelta.

—¿Qué significa eso...?

—Significa que arrastraré a su ingeniero al pueblo y le obligaré a pedir perdón.

—¡No lo hará!—exclamó, escandalizado, Contzen.

Pero estudió bien a Lawrence. Por último, el ingeniero declaró en público que lamentaba el atropello, con enorme satisfacción de los lugareños.

En fecha posterior, los alemanes se vieron en grave aprieto. Habían establecido una panadería local, con el fin de evitar que sus obreros enviasen cada diez días recaderos a sus pueblos en busca de pan. Aquella diligencia implicaba la desaparición del tajo de treinta o cuarenta individuos durante veinticuatro horas. Los alemanes arrendaron la tahona a un sirio de la ciudad (perteneciente a una ralea sin escrúpulos), el cual decidió aprovechar la ocasión para enriquecerse. Empleó trigo barato, con el resultado de que el pan era incomedible. Los alemanes habían dispuesto que el dinero de aquella compra se descontase de la paga de cada obrero. Los trabajadores se negaron a comer aquel pan, y enviaron de nuevo sus emisarios a los pueblos en busca del propio; pero el precio del rechazado siguió deduciéndose de su salario. Tanto el contrato de la panadería como el de los obreros en el ferrocarril se habían concedido a aventureros, como descubrió con desagrado Hoffmann, sucesor de Contzen. Abundaron las quejas de que no se cobraba lo estipulado, y por ello decidió encargarse de los pagos. Como aceptó las cifras que le presentaron los contratistas, no salió del apuro.

El primer hombre que se acercó a la mesa de pago había sido enrolado por quince piastras diarias, un buen jornal, y había trabajado seis semanas; pero, según los libros de cuentas, sólo se le debían seis piastras por día. Tras las deducciones por un pan que no había consumido, un agua que había sacado del río, etc., se calculó que percibiría veintisiete piastras y media por seis semanas de sudores. El interesado protestó. El guardia circasiano de Hoffmann le

cruzó el rostro con el látigo. El hombre se agachó para coger una piedra; sus amigos, que eran kurdos, le remedaron y el guardia disparó. Se enzarzaron en un combate enérgico, en el que un bando dispuso de guijarros y unas cuantas armas de fuego, y el otro de revólveres. Lawrence y Woolley, al oír el tumulto, avanzaron para persuadir a los hombres, alrededor de setecientos, a que depusieran las armas. Lawrence emplea, en casos semejantes, una actitud que consiste en alzar ambas manos con aire perezoso y unir las detrás de la cabeza, mientras calla y parece sumido en sus pensamientos. Eso llama la atención con más eficacia que cualquier voz o ademán violento, y, cuando ha acallado a los presentes, manifiesta lo que ha de decir con el tono suave y humorístico de una vieja profesora que restablece el orden en una clase alborotada. Los kurdos dejaron de luchar, pero no los siete alemanes. Continuaron utilizando los revólveres desde la cabaña en que se habían refugiado, y el circasiano asestó su fusil en dirección a Woolley y Lawrence, que iban a rogar a los ingenieros que se tranquilizaran. Los alemanes habían perdido la cabeza y dispararon cuando ya no lo hacían los kurdos. Gracias al apoyo de Wahid y de un antiguo jefe de bandidos llamado Hamudi, los ingleses impidieron que la muchedumbre de obreros se abalanzase a cometer una carnicería. Transcurrieron dos horas antes de que refrenasen a los trabajadores. Entonces se comprobó que los alemanes sólo habían sufrido cortes y magulladuras, en tanto que las bajas kurdas fueron dieciocho heridos y un muerto.¹

Los alemanes habían pedido socorro a Alepo por telégrafo al principio de la pendencia, anunciando que hacían fuego contra ellos. Mal traducido el telegrama, llegó un tren especial con la brigada de bomberos voluntarios de aquella ciudad, con cascos de bronce y demás pertrechos. Devueltos al lugar de origen, comparecieron doscientos soldados turcos y se apostaron en el campamento alemán. Las obras se detuvieron durante una semana, porque el muerto pertene-

1. El episodio se narra en *Dead Towns and Living Men*, de Woolley. Las leves discrepancias que existen entre las dos versiones proceden de enmiendas introducidas por Lawrence.

cía a un clan kurdo de la orilla opuesta, el cual se negó a que el puente se construyera en su territorio. El cónsul de Alemania en Alepo hubo de pedir al fin a los ingleses que compusieran lo descompuesto entre los ferroviarios y los kurdos. Woolley accedió y el precio de sangre se fijó en ciento veinte libras esterlinas. El cónsul protestó que los alemanes habían actuado en defensa propia, mas no costó convencerle de que una cuestión tribal debía arreglarse de acuerdo con las costumbres tribales. El jefe kurdo aceptó el dinero como favor personal a los ingleses y se acordó que, en adelante, la compañía entregaría el dinero directamente al capataz kurdo para que pagase a sus hombres, y el jefe admitió la responsabilidad de que el trabajo avanzara sin tropiezos. Por haber mediado, se ofrecieron condecoraciones turcas a Lawrence y Woolley, quienes renunciaron a ellas.

Hamudi, el antiguo jefe de bandidos, y un joven llamado Dahum, al que Lawrence había preparado como fotógrafo, le visitaron en Inglaterra. Oxford les encantó, en especial el deporte del ciclismo, que desconocían. Emplearon bicicletas de mujer, a causa de la longitud de sus vestidos y se vieron en apuros por el entusiasmo y el placer con que dieron vueltas y más vueltas alrededor del policía apostado en el centro de Carfax, la principal encrucijada de la ciudad. Durmieron en el jardín. Su única contrariedad fue no poder llevarse los grifos de agua caliente. Lawrence no conseguía hacerles entender que no funcionarían en una aldea siria de adobe como en el número 2 de Polstead Road, de Oxford. Y se pasmaron en los retretes públicos acariciando los azulejos blancos, «los hermosos, hermosos ladrillos».

Entre las mujeres que Lawrence más ha respetado figuró la difunta Gertrude Bell, uno de los grandes exploradores británicos de Arabia en fecha anterior a lo que relatamos. (Entre ellos, sea dicho como inciso, incluye a Palgrave, Doughty y los Blunt, pero no a sir Richard Burton, quien, opina, no lo hizo con desinterés, escribió en estilo tan difícil que resulta ilegible y fue pretencioso y vulgar. Habla con elogio de los viajeros, no ingleses, Burckhardt y Niebuhr.) Gertrude Bell estuvo en el campamento de Karkemish una mañana del año 1911. Como la noticia de su llegada la había precedido, la aldea

estaba muy excitada. Entonces sólo había tres británicos en las excavaciones: el doctor Hogarth que estaba casado, el señor Campbell-Thomson que, era del dominio público, estaba comprometido, y Lawrence, que llevaba el cinturón rojo adornado con borlas sobre su pantalón blanco y corto, símbolo del celibato en aquellos parajes. Los obreros decidieron que Gertrude Bell aparecía para casarse con Lawrence y prepararon una fiesta. Por consiguiente, cuando la viajera se despidió aquella misma tarde, se levantó un gran clamor. Pensóse que había rechazado a Lawrence, insultando con ello a la aldea. El joven logró al fin tranquilizarles con una mentira eficaz, aunque nada galante, antes de que volasen las piedras y Gertrude Bell, a quien aquella demostración había intrigado, no supo la verdad sino algunos años después por boca de Hogarth. El episodio la divirtió mucho.

En Karkemish, había dos estaciones de excavación: entre junio y septiembre, la cosecha local reclamaba a los trabajadores, y entre noviembre y marzo, llovía, nevaba y el Éufrates desbordado convertía en pantanos las tierras bajas. Durante los ocios obligatorios, Lawrence no solía regresar a Inglaterra; prefería vagabundear por Siria y el Próximo Oriente estudiando antigüedades, aprendiendo el árabe y poniéndose en contacto con los miembros de las distintas sociedades que aspiraban a la libertad arábiga, de las cuales se hablará en el próximo capítulo. Había empezado ya a dar los pasos para que se cumpliera su ambición escolar de colaborar en la rebelión de Arabia. Sin embargo, su objetivo inmediato era reunir información y escribir una historia de las cruzadas, otra obra que no ha podido redactar por falta de tiempo. No obstante, completó un libro de viajes titulado *Las siete columnas de la sabiduría*, cuyo manuscrito destruyó más tarde, sobre siete ciudades típicas de Próximo Oriente: El Cairo, Esmirna, Constantinopla, Beirut, Alepo, Damasco y Medina.

Estudiaba, entre otras cosas, la política mundial. Percibió que podía tener dañinas consecuencias la alianza de los turcos y los alemanes. El ferrocarril entre Constantinopla y Bagdad formaba parte de una trama de Alemania para establecer un imperio oriental con Turquía como coaligada. Ya se había entrevistado con lord Kitchener

para señalarle el peligro de que los alemanes controlasen el puerto de Alejandreta, en el recodo de Asia Menor y Siria; pero Kitchener le respondió que estaba enterado de ello. Había avisado repetidas veces al Foreign Office de las complicaciones que se suscitarían—los franceses también aspiraban a dominar Siria—; mas la política pacifista de sir Edward Grey tenía vara alta. Las últimas palabras de Kitchener a Lawrence fueron que, en el plazo de tres años, habría una guerra internacional y haría olvidar aquel asunto menor con uno mayor.

—Apresúrese, joven, y excave antes de que llueva.

Se ha afirmado que Lawrence llamó la atención pública europea sobre la amenaza, disimulada, a la paz mundial que representaba la construcción del ferrocarril entre Berlín y Bagdad, de la manera siguiente: cargó partes de tuberías de desagüe en mulas y las condujo de noche a las colinas que dominaban el puente. Las montó en cúmulos de arena para que parecieran cañones. Los alemanes, como esperaba, le observaron con gemelos, se preocuparon y telegrafiaron a Berlín y Constantinopla que los ingleses fortificaban las colinas. Y la prensa de Europa se acaloró durante días. No hay una palabra de verdad en este cuento de historieta ilustrada, ante todo porque Lawrence no dispuso de cañerías de desagüe.

Siguen unos extractos de cartas que Lawrence escribió en Karke-mish. La fecha del primero es septiembre de 1912:

Hoy termina el Ramadán, y entran y salen del patio disparando revólveres, y trayéndome bocados del banquete que celebran en el pueblo. Tengo doce láminas de pan, envolviendo maíz tostado, y abundancia de uva y cohombros. Pero todavía no hablo en árabe.

Hay un indumento espléndido llamado «de los siete reyes», con largas listas paralelas de colores vivísimos, que bajan del cuello al tobillo. Encima se ponen una chaquetilla azul, de puños vueltos de forma que muestran el forro de un colorado mate; se ciñen con un cinto de trece borlas multicolores, y en la cabeza llevan un pañuelo de seda de Hamat, negro y plata, que sujetan a las sienes con un cordón negro de pelo de cabra. Sólo falta agregar un chaleco de seda, recamado en oro, y debajo una especie de túnica blanca, para tener una idea de la vestimenta masculina (me olvidaba de los calcetines kurdos, tejidos a mano con nueve colores elementales, y el calza-

do encarnado), y hay noventa y nueve, todos distintos, comiendo un cordero frente a la puerta.

Aquí todo anda bien (tras un remalazo de cólera y de viruela) y espero regresar en Navidad.

La segunda carta está fechada en diciembre de 1913:

Me he dejado ir poco a poco, hasta unos cuantos meses atrás, en que me vi convertido en un arqueólogo corriente. Procuré muy en serio, en Oxford y después de dejarme ir, evitar que me pusieran una etiqueta; pero la gente de los seguros me ha echado la mano [...]. Me gusta mucho este sitio, y la gente—cinco o seis personas—, y su modo de vida. Contamos con doscientos hombres para entretenernos, lo pasamos bien mientras las excavaciones avanzan. Muchos de ellos son espléndidos—tuve este verano dos capataces en Inglaterra conmigo—, y no nos falta la diversión. Además, están las zanjas en las que se encuentran docenas de objetos maravillosos, y hay multitud de cosas bellas en los pueblos y ciudades con que llenar la casa. Para no mencionar la caza de sellos hititas por los contornos, y el Éufrates en que refrescarse cuando el calor abrasa. Es un lugar en que uno come el loto casi a diario.

Se rogó al doctor Hogarth, en el invierno de 1913, que propusiera un arqueólogo para el equipo que inspeccionaría la topografía de la península del Sinaí, desierto situado entre Palestina y Egipto, en el cual Moisés hizo vagar a los hebreos hasta que los convirtió en gente guerrera. Recomendó a Woolley, quien no disponía de los tres meses que se le exigían, y, por lo tanto, fue con Lawrence durante seis semanas y se repartieron el trabajo. Se entendieron muy bien con el geógrafo, el capitán Newcombe, oficial de ingenieros que estuvo más tarde en Arabia con Lawrence, y efectuaron importantes descubrimientos de restos antiguos. Establecieron el mapa, quizá no muy en serio, del probable itinerario del éxodo israelita y hallaron el sitio en que tal vez estuvo Qadesh Barnea, donde Moisés obtuvo agua de la roca. Llegaron hasta Petra y Maan, en Arabia, lugares que tuvieron trascendencia en la campaña de Lawrence cuatro años después. Su informe aparece en el libro titulado *The Wilderness of Sin* («El desierto de Sin»),

que el Palestine Exploration Fund editó en 1914. La misión no quedaría completa si no se tomaban ciertas medidas en Aqaba, puerto del Mar Rojo; pero los turcos no concedieron el permiso por razones militares. Lawrence dijo a Newcombe que iría a echar una ojeada a Aqaba. Estuvo en tal paraje sin oposición e hizo todas las notas que se le antojaron. De pronto sintió el repentino deseo de explorar las ruinas antañonas de la pequeña isla Farun, que dista unos cuatrocientos metros de la costa. Solicitó autorización para utilizar la única barca que había en la playa. Los turcos se la negaron y un grupo numeroso arrastró la embarcación más al interior, para que le fuese imposible moverla. Aquello no le arredró. Mediado el día, cuando todos los soldados turcos dormían la siesta, hizo una especie de almadía con tres de los grandes barriles de agua que llevaban los camellos. Esos recipientes, de cobre, tienen ochenta y dos litros de capacidad y miden unos ciento ocho centímetros de largo, treinta y nueve de ancho, y veintiuno de espesor, y pueden convertirse en una excelente balsa. El viento le arrastró sin percance e inspeccionó las ruinas; el viaje de regreso fue más arduo. Y el mar estaba lleno de tiburones.

Hay que decir que Kitchener ordenó hacer el mapa con fines militares, y que se disfrazó la expedición con el manto de la arqueología. El Palestine Exploration Fund consiguió la autorización de los turcos, y Lawrence y Woolley, como descubrieron a la llegada, proporcionaron el pretexto arqueológico a las actividades cartográficas de Newcombe.